

VII

UNA MUJER QUE SE CONOCÍA Á SÍ MISMA

—¿Qué he de hacer sino perdonarle?—respondió Julia, riéndose con melancólica indulgencia.—¡Estaría escrito que volviéramos á vernos! Siéntese...—añadió en seguida, mostrándole una silla de hierro que había cerca de la suya.—Ya contaba yo con que volvería usted esta noche, y la prueba es que había dado orden de que le dijesen que estaba indispueta y durmiendo y no podía pasármeme recado, así como de que le prohibieran á usted pernoctar en el cortijo...

—¿Será verdad?—exclamó Guillermo con admiración y cierto júbilo.—¡Usted me *esperaba!*...

—No, señor...—Yo *temía* que usted viniese...; y bien claro lo demuestran las referidas órdenes dadas á mi capataz...

—Para el caso es lo mismo...—¡Usted lo *temía!*... Y ¿por qué? ¿Por qué temerlo?...—repuso el joven con dulzura, acercando su silla á la de la *Marquesa*.

—Lo temía por usted más que por mí...—respondió ella sin moverse.—Ni crea que hay fatuidad é impertinencia en esa adivinación de que *usted vendría!*... Por el contrario: hay gran humildad de mi parte, ó más bien conciencia perfecta de mi desventura...

—Ruego á usted que se explique...—murmuró Guillermo, dominado por la triste solemnidad de aquellas palabras.

—Fácil es la explicación...—replicó ella con acento más llano y tranquilo.—Conozco á los hombres, sobre todo á los extraordinarios y notables como usted, acostumbrados al éxito y á la lisonja, y sé que necesitan ver doblarse ante ellos toda cabeza que se haya doblado *ante otros!*...

—Marquesa, juro á usted...

—¡Déjeme concluir antes de jurar, no sea que luego se arrepienta de haber jurado en falso!... En cuanto á lo del *marquesado*, sepa usted que no he sacado el título... Llámeme, pues, *Señora* ó *Julia!*... Y vuelvo á mi discurso. Podrá resignarse un conquistador á que los fuertes de voluntad ó profesión no le rindan pleito homenaje; pero á los débiles de oficio ó de fama no los releva nunca del tributo de su servilismo... ¡Porque es necesario no ser menos que el héroe anterior! ¡Es necesario ufanarse, ya que no de una tan sencilla victoria, de haber pisoteado los costosos laureles ajenos!... Usted me miró y me habló esta mañana, no como hubiera hablado ó mirado á la mujer más hermosa del mundo, de quien nada desfavorable supiese, sino como se miran, en una almoneda de curiosidades históricas, las cosas que *fueron* caras... Digo más: usted no habría venido á buscarme esta noche sin contar de antemano con mi renombrada flaqueza... Por consiguiente, señor D. Guillermo, usted ha procedido en todo y por todo como el invasor que, yendo á la conquista de plazas fuertes, no se para á tomar ni castigar la aldea indefensa, pero silenciosa y díscola cual si fuera rebelde, que ve á un lado del camino, sino que pasa de largo, por no perder un tiempo precioso en empeño tan insignificante... Mas he aquí que, un poco más allá, sor-

prende la noche á los expedicionarios en despoblado y lloviendo... Recuerda entonces nuestro héroe la pobre y callada aldea que se quedó atrás, cuyo aspecto no era del todo desagradable; y, dejando acampadas sus tropas á la intemperie, retrocede con su escolta en busca de aquel alojamiento, diciéndose ó diciendo á sus ayudantes:—“Allí pasaré mejor la noche que á campo raso, y, de camino, sabré por qué esta tarde, al divisar mi victoriosa bandera, no echaron las campanas á vuelo, *como de seguro las echarán esta noche...*”—Francamente, mi buen amigo, ¿no tiene todo esto visos de verdad?

—¡No, señora!—respondió gravemente Guillermo, contemplando con admiración y lástima á la terrible maestra de amor, que tan amarga idea tenía del corazón humano.—¡No, señora! Yo no he pensado ni sentido todo eso; pero aunque tales hubieran sido hasta ahora algunas de mis ideas respecto de usted, ya habrían cambiado al oír las palabras que acaba usted de pronunciar. Si usted me concede, como ha dicho, alguna más estatura que al vulgo de los hombres, admita que pueda haber adivinado desde que la vi, y aun antes de verla sólo por lo que de usted *se refiere*, que es una mujer superior y excepcional, más ó menos infortunada, digna de los complicados sentimientos que aquí me han traído esta noche... Y ahora que la conozco mejor, pues acabo de medir toda la extensión de su prodigioso talento, crea que nadie la habrá respetado tanto como este pobre *vencido* por los encantos de usted, á quien usted ha llamado *conquistador* y otras muchas cosas irónicas y crueles...

—¿De modo...—interrogó vivamente Julia, aunque sin dejar de sonreírse,—que á usted le habían ya *refe-*

rido mi historia cuando vino á verme esta mañana? ¡Nada más natural; y lo celebro mucho, con tal que no se hayan enterado del cuento las buenas gentes de este cortijo, para quienes soy y siempre he sido una santa! Debo, sin embargo, advertir á usted que nadie sabe aquí ni en Madrid mi verdadera biografía, grotescamente desfigurada por la dramática imaginación del vulgo ó por la mala fe de rivales envidiosas; lo cual no quita que sea muy cierto que he tenido cuatro amantes después de la muerte de mi marido, como pudiera haber tenido otros cuatro esposos... Pero, en fin, no trato de disculparme... ¡Me interesa, por el contrario, convencer á usted de que efectivamente he sido tan liviana y tan loca como cuentan de mí los hombres de bien y las mujeres honestas!... Y no le digo que estoy arrepentida, porque la palabra *arrepentimiento* suena muy mal en labios de los encarcelados... y de todos los que tienen ya posibilidad de delinquir á su gusto y manera... ¡Yo no dejé de volar hasta que me faltaron las alas, ó sea *dinero propio*, único de que saben valerse mis manos!... Conque doblemos la hoja y volvamos á hablar de usted..., cuya felicidad me interesa más que la mía. ¿Tendría la dignación de decirme á qué ha venido á buscarme de nuevo; en qué puedo serle útil, ó qué linaje de... *favor* se le ha ocurrido á usted *hacer* á esta desgraciada?

Guillermo frunció las cejas y no respondió. Tenía demasiado ingenio para dejar de comprender que no era posible contestar dignamente á aquellas abrumadoras preguntas.

—¡Ese silencio es leal y caballeroso, y dice también mucho en pro de la dulzura de su alma!...—se apresuró

á añadir *la Pródiga*.—¡No me responde usted porque acaba de darse cuenta de que no sabe *qué quiere ó debe querer* tratándose de una pecadora por mi estilo!... ¡Es claro!...—profirió luego con exquisita burla.—¡Usted no conocía más que mi cara y mi *historia*, y ahora empieza á sospechar que tengo también un resto de alma! ¡No se fatigue buscando explicaciones ó disculpas! Yo discutiré por usted, sincerándole al propio tiempo y justificando el que dentro de un rato, noble y valientemente, coja el sombrero, me salude y se marche, como le suplico que lo haga, á fuer de persona de buen gusto, antes de caer en la tentación de entablar vulgares demandas, indignas de usted y de mí...

El discretísimo y lógico Guillermo estaba estupefacto y hasta corrido de vergüenza... ¡No aguardaba él haberse las, ni nunca se las había habido, con mujer de aquel fuste! Pero descubrir nuevos méritos y hechizos en lo que se desea, no es el mejor camino para dejar de desearlo... Aguantó, pues, la adversidad de la situación; dejó caer la frente sobre una mano, y esperó á que los propios argumentos de Julia le suministrasen razones en que apoyar su comprometida causa.

—Una de tres cosas—prosiguió diciendo ella—ha podido usted proponerse al venir á verme de un modo furtivo, dando ocasión de zaherirme á sus compañeros de viaje y escandalizando un poco á estos mis servidores del cortijo que tanto me respetan...; y esas tres cosas pueden formularse así: ser mi esposo; ser mi amante ó pedirme *hospitalidad* por una noche... ¡Poco hay que decir para descartar el primer supuesto!... Ni usted había de pensar en casarse con una mujer de mi edad y de mis antece-

dentes, ni yo me prestaría á tal disparate aunque usted me lo suplicara de rodillas... ¡Todo sería amargo y ridículo en semejante matrimonio..., y yo prefiero la muerte á causar la amargura ajena ó á soportar la ridiculez propia! Vamos al segundo supuesto. Acabo de cumplir treinta y siete años y usted podrá tener veinticinco...

—Tengo veintiséis...

—Lo mismo da...—¿Cuánto tiempo sería yo su querida de usted sin pesarle como una carga ignominiosa? Concedamos que cuatro años, ¡y es demasiado conceder! Tendría usted entonces treinta, y, naturalmente, pensaría en casarse con otra, en establecerse según las leyes del mundo y de la misma naturaleza, en crearse una familia antes de la vejez, en tener hijos, en pertenecer dignamente á la sociedad... Nos separaríamos, pues, de buen ó mal grado. ¡Sería de buen grado, atendiendo á que yo sabría sacrificarme!... Pero, ¿y *luego*? ¿Qué sería de mí? Mas no es esto lo que debo preguntar, sino “¿y *entre tanto*?...” Quiero decir: ¿Y durante nuestros amores? ¿Dónde viviríamos? ¿En la corte, ó en el cortijo? ¿En la corte, á expensas de usted, siendo yo quien soy y habiendo vivido allí como una reina; ó en el cortijo, atajando la brillante carrera del ingeniero, del abogado, del político, frustrando acaso su porvenir, dando ocasión á que lo dejasen atrás sus rivales y émulos? Y, de un modo ó de otro... (permítaseme inquirirlo también, supuesto que usted no será ningún tremendo egoísta...), ¿qué haría yo cuando nos separáramos? ¿Me quedaría ya el recurso de vivir aquí, rodeada de la estimación de antiguos servidores, que hoy me creen calumniada por la maledicencia? ¿Podría gozar de la paz y el reposo

que va penetrando en mi alma después de tres años de castigo? En fin; yo..., que, por la presente, en mi gran infortunio, tengo siquiera el consuelo de decirme que *no me ha abandonado ningún amante*, ¿he de emprender á mi edad una nueva campaña, de la que fijamente saldría repudiada y escarnecida por vieja y estéril, y como infamante y pesado estorbo? ¡No, mil veces no!... Pero veo que me excito demasiado...—añadió *la Pródiga*, riéndose convulsivamente y poniendo su mano de nácar sobre el hombro izquierdo del joven, como si temiera perder el sentido.—Prescindamos de lo imposible y absurdo, y hablemos del tercer supuesto... ¡Hablemos del idilio de una sola noche, con que ha soñado usted únicamente al venir á buscarme!...

—¡De ese idilio hablaré yo!—exclamó Guillermo con soberana arrogancia.

Y su bello y varonil semblante ostentó la aureola de una verdadera pasión, demasiado tiempo reprimida...

Julia retiró su mano del hombro del joven, y le contempló con admiración y orgullo como á un adversario digno de ella, fuese cualquiera el resultado de aquel combate...

—Todo lo que ha dicho usted será verdad...—continuó el vehemente ingeniero;—pero hay otra verdad superior á cuanto pudiéramos aducir para separarnos como dos seres extraños el uno al otro... ¡Y esa verdad es eterna; es la realidad misma que estamos tocando; es usted, soy yo; es la peregrina hermosura que debe usted al cielo; es esta ansia que me devora de darle mi sér y mi vida, de llevarme sus hechizos dentro del alma, de tener la gloria de decir que Galatea se ha dignado ser criatura

mortal en premio á mi adoración de artista!... Yo no soy responsable de las desventuras de usted... ¡Yo no la hubiese hecho tan desgraciada!... ¡Yo no tengo la culpa de esas dificultades que se oponen á que nuestras existencias se unan para siempre aquí ó en otro paraje del mundo!... Yo no sé más sino que un día de mi atediada juventud, cuando desconfiaba de encontrar aquí abajo la belleza suprema, la gracia inmortal, la *alma Venus* de los antiguos, me he encontrado á usted, arrumbada y desconocida ya por el amor, en la soledad de un cortijo, al modo de las estatuas que yacieron ocultas siglos y siglos bajo las cenizas del volcán, hasta que un viñador descubrió á Pompeya... ¡Yo no sé más sino que, al verla á usted en este desierto, tan hermosa, tan distinguida, tan infortunada, he sentido una honda conmiseración que casi me ha hecho llorar de dolor y espanto, únicamente de pensar en que iba á dejarla á usted aquí, sola, triste, pobre, sin esperanza ni consuelo, como náufraga arrojada por el mar á una isla desierta, como el trágico soldado de nuestro siglo en el solitario peñón donde murió sin amor ni gloria!... Yo no sé más sino que la adoro; que nadie nos mira; que todo es amor en nuestros ojos y en nuestra sangre, y en este jardín, engalanado con las últimas flores del año, y en esta noche deleitable y tranquila, y en esa luna complaciente y discreta, que nada contará al envidioso mundo, pero que nos recordará siempre á nosotros una hora de inefables delicias... ¡Julia! ¡Julia! ¡No piense usted! ¡No se oiga!... ¡Sienta y olvide como yo!... ¡Julia! ¡No rechace usted tanta pasión como rebosa de este alma que se desvive por la suya!

—¡Usted me conoce... y porque me conoce me habla

así!...—exclamó la *Marquesa*, poniéndose de pie.—¡Pero yo también me conozco!...—¡Usted no me tiene lástima, pero yo sí me la tengo!... ¡Una hora! ¡Una noche!... ¡Qué bello idilio! Y después de esta noche... ¿qué? ¡Ah! sí..., ya caigo... *El silencio de la discreta luna*, tal vez un durable recuerdo de la imaginación de usted, allá en el mundo, entre las glorias y esplendores de Madrid, en los mismos brazos de su futura esposa..., y ¡nada más! ¡Nada más, como no fuera la noticia de mi muerte, que acaso no llegaría usted á saber!... ¡Famoso plan, en que usted no tendría de qué avergonzarse ni arrepentirse!... Pero, ¿y yo? ¡Tres años, largos como tres eternidades, llevo de convalecencia moral; tres años de dignidad relativa; tres años de acomodarme al bien, á la castidad, al estudio y mejoramiento de mi espíritu; tres años de escuchar bendiciones que van sanando las úlceras de mi conciencia, que van cicatrizando las heridas de mi corazón!... Y ¿qué me propone usted? ¡Ah! ¡Usted, desconociendo que es más inicuo atajar en la senda del arrepentimiento á una pecadora, que seducir á una virgen, y aspirando al mezquino triunfo de estorbar que vuelva al redil la oveja descarriada, me propone cínicamente que en una noche, en una hora, con el primer desconocido que cruza por aquí, desande todo lo andado, desgarré las cicatrices de mi alma, destruya el edificio de mi rehabilitación y me quede luego otra vez sola, para volver á emprender la subida de Sísifo desde lo hondo del abismo hasta la cumbre!... ¡Una hora..., una noche de engañar á cielos y tierra, diciendo al ave de paso que soy *suya*, y quedarme después aquí, abandonada de nuevo por el amor, encendida todavía la cara de pasión y bochorno,

pensando más en mi vilipendio que en mi pasada dicha!... Mas ¿qué digo una hora ni una noche?...—prorrumpió finalmente la mujer, sobreponiéndose á la dama, y en ademán de alejarse.—¡Insensato! ¿Cree usted que á mí se me deja? ¿Cree usted que, si no se marchase ahora mismo, se marcharía mañana? ¿Qué sabe usted entonces quién soy yo..., ni qué es amar?

—¡Julia!...—exclamó Guillermo, poniéndose de rodillas y atajando con sus abiertos brazos la puerta de la glorieta para que la terrible cuanto conmovida *Pródiga* no huyese de él.—¡Julia!... ¡Yo haré lo que usted quiera!... ¡Yo no me marcharé jamás!... ¡Yo volveré! ¡Yo la amaré, á usted mientras viva! Porque, en efecto, ¿dónde he de encontrar una mujer como usted?

—¡Es que yo quiero que usted se marche y no vuelva!—respondió Julia con altanería.—¡Yo no miento ni finjo nunca! Le acabo de decir á usted sinceramente cómo soy y cómo siento, á fin de que no se precipite en la sima de mi propia debilidad... Y ahora le declaro para satisfacción de su amor propio, y á fin de que me recuerde sin despecho ni cólera, que, no tanto por lástima de mí, sino por lástima de usted, no han repetido ya mis labios aquellas preciosas palabras, que tan bien sonaban en los suyos, de que todo es amor en este jardín, en esta noche y en esa luna..., á lo cual yo habría podido agregar: “y en esa expresiva cabeza, semejante á la de lord Byron...”—Conque ¡adiós! ¡Adiós para siempre!

—¡Julia! ¡Piedad de mí!—balbuceó Guillermo, poniéndose de pie y tendiendo hacia ella los brazos.

—¿De qué piedad habla usted?—¡Ya la he tenido al descubrirle mi propia flaqueza!...—respondió Julia, mi-

rándole con tal majestad de raza y de carácter, que el joven no se atrevió á llegar á su persona.—¡No sea usted desagradecido, y márchese sin ofenderme ni ofenderse á sí propio! Voy á llamar á José para que lo acompañe.

—¡No me marchó, Julia!...—pronunció el joven con entereza.—¡Nada me ofrecen la vida ni la ambición que valga ni remotamente lo que usted! Me quedo aquí para siempre...

—Me marcharé yo, en ese caso, á donde usted no pueda verme ni oirme...—replicó ella, dominándose trabajosamente.—Y, de todos modos, voy á llamar á José para que le disponga habitación en casa de su padre. Buenas noches, caballero.

—¡Julia! ¡La admiración que siento por su alma, tanto como por su belleza—dijo Guillermo muy sentidamente,—y mi profundo dolor de no poder librarla de pesares que me afligen más que si fueran míos, no se merecen la crueldad y el desdén con que usted me despide!...

—Repito á usted que es un ingrato—contestó Julia con severidad y ternura maravillosamente aunadas.—¡Algún día reconocerá usted el favor que le hago esta noche!

—¡Piensa usted, según eso, que no he de volver!—exclamó el joven con decisivo y doloroso acento.—¡Cómo se engaña y cuán mal me conoce! Yo soy hombre de pocos pero muy tenaces empeños; de pocas pero muy profundas afecciones. La amo á usted, la conozco y la presiento como si la hubiera tratado muchos años...; ¡y volveré, señora, volveré cuando ya haya pasado algún tiempo de mi regreso á Madrid, para que usted no con-

sidere pasajero capricho la pasión que hoy desdeña con tanta ceguedad!

—No vendrá usted, Guillermo...; de lo cual me alegraré muy mucho...—respondió Julia en són amistoso y afable.

—¡Vendré, señora!...—repuso él con reconcentrada energía, como si fuese su propio corazón el que hablase.—¡Vendré, y mi primera palabra será pedirle á usted la mano de esposa!... ¡Yo no entiendo de esas sumas y restas de años que hacía usted hace poco! ¡Téngome por más viejo que usted; sin contar con que los jóvenes... pueden también morir... ó matarse...

—¡Márchese usted!—contestó lúgubrementes la *Marquesa*, cerrando los hechiceros ojos con desesperación.

Guillermo dió un paso hacia ella, comprendiendo que ya le hacía justicia, ó sea que ya no dudaba de la solidez de su afecto...

—¡Márchese usted, digo!—repitió Julia, sin cambiar de actitud, pero más resuelta y definitivamente.—¡José! ¡José!—gritó á continuación, encaminándose hacia la casa.—¡Alumbra! ¡Ensilla!..., que se marcha este caballero...

Pero, llegado que hubo á la encrucijada en que había algunos asientos rústicos, no pudo ya con su emoción y se dejó caer sobre uno de ellos.

Al mismo tiempo José apareció entre los árboles que separaban el jardín de la huerta.

—¿Ha dicho la señora que ensille?—preguntó desde allí el discreto mozo.

—No... ¡Julia!..., diga usted que no!...—suplicó Guillermo cruzando las manos.

—¡Que ensilles te he dicho!—respondió Julia valerosamente.—Y hazlo pronto, que este caballero quiere marcharse en el acto...

El mozo desapareció.

—¡Cruel!—dijo Guillermo lleno de enojo y de amargura.

Ella guardó silencio y se enjugó una lágrima.

Pasaron algunos minutos, al cabo de los cuales el joven, que por lo visto sentía una verdadera pasión, desoyó los gemidos de su amor propio, y se acercó á su adorada diciéndole:

—¡Julia!... Me voy... ¡Un beso! ¡Nada más que un beso! Y ¡hasta la vista!

La Pródiga se irguió con tanta sensualidad como arrogancia, y exclamó, rechazando al condolido amante:

—¡Temerario! ¡No se piden caricias al incendio! ¡Su lengua de fuego abrasa, aniquila, consume todo lo que toca!...

Y, hablando así, huyó hacia la casa, á punto que José salía de ella, anunciando que las cabalgaduras estaban ensilladas.

Guillermo y Julia se despidieron, pues, ceremoniosamente á presencia del mozo, y á los pocos instantes caminaban juntos ambos enamorados de *la Pródiga* en dirección al pueblo donde Miguel y Enrique se habían quedado conquistando electores.

VIII

DOS VENCEDORES Y UN VENCIDO

Habían pasado tres semanas.

Guillermo, Enrique y Miguel eran ya Diputados á Cortes, gracias á la continua movilidad y sumo denuesto con que habían rechazado las arbitrariedades y violencias de su antiguo amigo el Gobernador, quien á última hora, y aunque los creía candidatos naturales y legítimos, tuvo que combatirlos á muerte en virtud de órdenes superiores... á su conciencia.

Nuestros amigos, de regreso en la capital de la provincia desde la noche anterior á la en que nosotros volvemos á encontrarlos, estaban alojados triunfalmente y á puerta abierta, como lo exigían las circunstancias, *en las habitaciones principales de la mejor fonda*, donde aun no habían conseguido descansar ni un solo momento de tantos y tantos días de cabalgar, echar discursos, apretar manos, trabucar nombres, sonreír, prometer, dar las gracias y archivar notas... Y era que los electores más influyentes, ó más visibles y fogueados en aquella y otras campañas, los habían seguido hasta allí, según costumbre, desde sus remotas villas y aldeas, resueltos á no dejarlos *hasta el último momento*, ó sea *hasta verlos arrancar* en dirección á la corte; placer honrosísimo que los tres madrileños no querían retardarles en modo alguno...; por lo que ya tenían acordado *arrancar* aquella misma noche en el tren de las cuatro de la madrugada.

—Pues ¡hasta luego!...—dijeron veinte ó treinta veces por cabeza, desde las once y media hasta las doce, aquellos héroes de diferentes campanarios, al ver que los futuros legisladores se iban desnudando uno por uno y metiéndose en la cama.—¡Antes de las dos estaremos aquí, y llamaremos á ustedes para que tengan tiempo de ir á la estación! Conque... ¡á descansar, y acuérdense de lo dicho!

Principiaron, en fin, á marcharse; pero, á lo mejor, volvía á entrar alguno, de puntillas, como el *D. Basilio* de la gran ópera bufa, y, llegándose á cualquiera de las tres camas, decía:

—¡No hay que fiarse de ese que acaba de salir! ¡Es un farsante! ¡El no ha hecho nada en aquel pueblo!... ¡Yo lo he hecho todo!

Y cuando éste, que *todo lo había hecho*, tornaba á irse, regresaba á su vez el llamado *farsante*, mirando á izquierda y derecha, y decía exactamente lo propio de su paisano y pariente ó amigo.

No quedó al fin ninguno en el salón-alcoba, y entonces nuestros fatigados protagonistas cerraron y atrancaron puertas y ventanas, y se permitieron lanzar varias exclamaciones de ingratitud y alegría, que nosotros, á fuer de buenos liberales, omitiremos en la presente relación.

—¡A Madrid!—exclamó, por último, Enrique, resumiendo en esta mágica frase todo su triunfo y alborozo.

—¡A Madrid!...—repitió Miguel con menos entusiasmo.—Tú dices eso, como quien grita: “¡viva la libertad!”; pero es porque no reparas en los compromisos que llevamos á cuestas... Las notas de que van llenos nuestros bol-

sillos son otros tantos obstáculos que nos estorbarán en la senda de la ambición, del patriotismo, y de la gloria... ¡Si yo vuelvo á salir Diputado, lo seré cunero!

—Celebro oiros hablar de ese modo...—dijo tristemente Guillermo desde su cama,—pues me proporcionáis ocasión de observar que el único pueblo de que no ha habido aquí esta noche *representante ni peticionario*; el único que no nos ha presentado la cuenta de los gastos de elección; el único que no nos ha impedido descansar hoy ni nos despedirá dentro de pocas horas al pie del estríbo, es aquel á que pertenece el *Cortijo del Abencerraje*... Y, sin embargo, ¡ya habéis oído lo que personas extrañas, y hasta enemigas de elogiar otros servicios que los suyos, acaban de contarnos acerca del comportamiento del tío Antonio!

—¿Habla usted de mi pleito?—interrumpió Enrique.—¡Cada loco con su tema! ¿Para qué necesitaba el tal lugarejo más representante ó panegirista que tú? ¿Díganos vuestra merced cuánto es su trabajo!

—¡No le quemes la sangre, Enrique!—expuso Miguel, anticipándose á las reconveniones de Guillermo.—Confiesa, como yo, que *la Pródiga* se ha portado nobilísimamente, y que, en definitiva, le debemos nuestra elección. ¡Por veinte votos de mayoría hemos vencido en esta ruda y gloriosa batalla, y pasan de ciento los que aquella hermosa mujer nos ha proporcionado! Para ello, según acabamos de oír, el tío Antonio, el inocentísimo José y todos los labriegos del *Cortijo del Abencerraje* han estado ocho días á caballo, recorriendo otros cortijos y varios pueblos, comprometiendo votos, proporcionando bagajes á los viejos é impedidos, gastando un dineral en

comilonas y refrescos, y hasta corrompiendo un poco..., nada más que un poco, el famoso cuerpo electoral... ¡Cerca de mil duros dicen que le hemos costado á la pobre *Señora Marquesa*; esto es, casi su renta de dos años, que se ha servido adelantarle el tío Antonio! En fin, señores; la mejor prueba de lo mucho que ha trabajado en nuestro obsequio la castellana de la bata azul, es que el pícaro Secretario de la jurisdicción no se ha atrevido á venir á vendernos la fineza de que en su pueblo nos hayan votado, como sabéis que lo han hecho, hasta los niños recién nacidos y los fieles difuntos! ¡Propongo, pues, un voto de gracias á nuestra gran electora!

—Yo se las doy á Guillermo...—repuso Enrique,—pues por él, y no por nosotros, ha realizado doña Julia esos milagros..., de que ya estaba cobrada con anterioridad...

—¡Enrique!—gritó el ingeniero.—¡Te tengo dicho que no admito bromas en ese punto! ¡Si yo cometí una imprudencia y dí un escándalo, regresando aquella noche al *Cortijo del Abencerraje*, para salir de él chasqueado y corrido de vergüenza, á vosotros os toca ayudarme á rehabilitar, siquiera en esto, á la infortunada que tan gallardamente nos ha complacido! ¡Por mi honor os juro que desdeñó hasta mi mano de esposo, y que desde aquella noche no he vuelto á tener noticias tuyas! Ella misma habrá prohibido al deshonrible Secretario venir á vernos; y sin la casualidad, verdaderamente rara á mi juicio, de habernos contado unos electores las hazañas de otros, esta sería la hora en que ignoráramos á quién debemos en realidad nuestro triunfo. Por consiguiente, creo, mi querido Enrique, que harías mucho mejor en escribir á tu

bienhechora dándole las gracias, que en discurrir donaires á su costa.

—Según eso...—repuso el implacable Enrique—¿ya le has escrito tú?...

—¡Todavía no!—contestó gravemente Guillermo.—Pero le escribiré en cuanto pueda.

—¡Lo siento en al alma!

—¿Por qué?

—Porque te estimo mucho, y me duele ver que no se aparta de tu imaginación una mujer que, digas lo que quieras, sólo merece lástima y...

—¡No concluyas la frase si te interesa nuestra amistad!—replicó Guillermo con acritud.—Ten presente que se trata de una persona con quien no me he casado porque ella no ha querido, y con quien todavía me podré casar mañana ó el otro...

—¡Pues entonces callemos, y no vuelvas á hablarme nunca de esos amores! ¡Así, ni yo tendré que disfrazar mis ideas á un amigo querido, cuya felicidad me importa mucho, ni correré peligro de reñir con él!

Tal dijo Enrique, y se arropó como para ver de conciliar el sueño.

—¡Habla conmigo cuanto quieras, Guillermo del alma!—expuso, en cambio, el calmoso Miguel.—A mí me agradó también extraordinariamente aquella distinguidísima hembra... Así, pues, cuando le escribas ponle memorias... Y luego, en Madrid, siempre que quieras, hablaremos de tan gentil persona... ¡Digo! ¡Porque supongo que te vienes con nosotros á la corte, en lugar de verte al cortijo!...

—Con vosotros me voy...—respondió amargamente

Guillermo.—¿Qué más se puede pedir á un hombre enamorado con toda su alma?

—Dices bien: ¡eres un héroe! Pero no lo serás mucho tiempo, pues todos conocemos á Madrid, y sabemos lo que allí les pasa á cuantos heroísmos llegan de provincias. ¡Todos se hielan durante el invierno! Allí se ven las cosas de distinta manera que en el campo, y podrá acontecer que, en cuanto bebas las aguas del Leteo llamado *Lozoya*, no vuelvas á acordarte de esa especie de *Venus en Santa Elena*... ¡No te enfades!... Lo de *Venus* lo digo solamente por la parte de divinidad y hermosura. En Madrid te aguarda aquella interesante brigadiera de los ojos lánguidos, cuya berlina seguíamos en la Castellana, y que ya principiaba á hacerte caso cuando nos vinimos á buscar votos... Allí te aguardan también el *début* parlamentario; los laureles de la tribuna; la levita larga del legislador; la cartera de Fomento, colocada en lo alto de una cucha; el empeño de amor propio y de dignidad por cogerla; la entrada en el mundo aristocrático ó de la sangre azul, que tanto te ha fascinado siempre; las bodas posibles con marquesitas nuevas é intactas, que añadan una corona nobiliaria á tus coronas de encina y un par de castillejos ruinosos y de majuelos de señorío á los miles de duros que ganas prosaicamente como hombre de la clase media ilustrada... En fin, chico: Madrid es Madrid, y allí estudiaremos mejor que en parte alguna á tu ex reina cortijera de treinta y siete años de edad... Conque ¡buenas noches, pichón!

Tal habló aquel taimado y se arropó también para dormirse.

Guillermo se mordió los labios, conociendo que estaba

vencido *de hecho*, aunque supusiera que no *de derecho*, y se abstuvo de responder ni una sola palabra. Pero, cuando vió que sus compañeros dormían profundamente, levantóse sin hacer ruido, se puso la bata, pasó al inmediato salón y contestó á aquellos crueles discursos... escribiendo la siguiente epístola...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

IX

"ALFONSO REYES"

"Á LA EXCMA. SRA. DOÑA JULIA DE ~~1826~~ MONTERREY, MEXICO
DE ***.—TÉRMINO DE ***.—CORTIJO DEL
ABENCERRAJE.

"Mi adorada amiga:

"Con esta primera frase he dicho ya en resumen todo lo que es usted para mí y todo lo que yo soy para usted.

"Sigo yo amándola con locura y creyendo que mi mayor felicidad sería vivir y morir á su lado en ese delicioso retiro, gozando de los tesoros de su bondad, de su belleza y de su talento, y usted (que equivocadamente ve en semejante unión mi desgracia más bien que la suya, y que, si algo teme para sí, es no poderme hacer dichoso toda la vida) continúa demostrándome la hidalga amistad con que desde luego me alejó de su lado y se negó á contraer conmigo lazo ni compromiso alguno.

"Quiero decir con esto, gentilísima señora, que he sabido los grandes esfuerzos y sacrificios que ha hecho usted en las recientes elecciones hasta conseguir mi triunfo y el de mis compañeros; ¡mi triunfo, por cuyo medio ha querido usted, sin duda, poner alas á mi ambición y